

Mensaje especial de Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas



Nueva York, Estados Unidos, 4 de febrero.

Damas y caballeros

Es bueno estar nuevamente en Nueva York, y encontrar aquí a todos ustedes. Incluso en los oscuros días del pasado mes de septiembre, tenía confianza en que esta gran ciudad pronto recuperaría su entusiasmo y vibración tradicionales. Estoy muy halagado de que Klaus Schwab haya compartido mi confianza, y su presencia aquí este fin de semana demuestra que ambos teníamos razón.

Mi mensaje a usted sigue siendo el mismo de Davos el año pasado, e incluso tres años atrás. Pero creo que se ha tornado más urgente.

Hace dos meses, tenía el honor de dirigirme a la conferencia del Nobel en Oslo. Comencé pidiendo a mi audiencia que imagine cómo es la vida, y qué expectativas tiene, para una muchacha nacida hoy en Afganistán. Aunque puede igualmente haber hablado de un niño o niña recién nacidos en Sierra Leona, o en los lugares más pobres de casi cualquier país en vías de desarrollo.

Las recordé que la vida de esa muchacha, y las de centenares de millones de sus contemporáneos, sería vivida bajo condiciones que muchos de los presentes entre la audiencia considerarían inhumanas. La afirmación resulto ser cierta para la audiencia, con seguridad tanto más lo será para ustedes aquí hoy.

Quizás nadie en este salón se sienta más rico, o más poderoso e influyente de lo que él o ella lo son en la percepción de otros. Pero creo que todos ustedes, en tanto que líderes de negocios, líderes políticos o líderes de opinión saben bien que son enormemente privilegiados, en comparación con la gran mayoría de los seres humanos, sus semejantes, tanto en su estándar de vida como en el poder y la influencia que ustedes manejan.

Todos ustedes saben que están compartiendo este pequeño planeta con aproximadamente mil millones de personas a quienes se niegan los requisitos mínimos de dignidad humana, y con cuatro o cinco mil millones cuyas opciones de vida son, en efecto, estrechas comparadas con las suyas. De hecho, el planeta nos parece a muchos de nosotros, cada vez más y más, un barco pequeño conducido a través de un vendaval feroz, en la oscuridad y sobre aguas no identificadas, con más y más gente apretada a bordo, esperando desesperadamente sobrevivir.

Ningunos de nosotros, sugiero, puede permitirse hacer caso omiso de la condición de nuestros compañeros de viaje en este pequeño barco. Si ellos están enfermos, nosotros estamos en riesgo de infección. Y si están enojados, todos los nosotros podemos fácilmente resultar lastimados. Nuestro problema es la realidad agravado por su percepción.

La realidad es que la potencia y la abundancia en este mundo están muy, muy desigualmente repartidas, y que esto condena a mucha gente a vidas de pobreza y degradación extremas.

La percepción, entre muchos, es que ésta es una consecuencia de la globalización, y que la globalización está conducida por una élite global integrada, o al menos representada, por la gente que participa de esta reunión.

Esta percepción no es universal, pero es extensamente compartida, especialmente en lugares como la Argentina y Asia del este, que tienen experiencias recientes de crisis financieras severas, pero también por una parte de la opinión pública en el mundo desarrollado que cada vez deja oír su voz con más fuerza.

No subestimen la atracción de la reunión rival, ubicada en el tiempo para coincidir con la suya, que acaba de acabar en Porto Alegre, Brasil. Su título, «Foro Social Mundial» se entiende como una crítica al suyo, implicando que ustedes están interesados solamente en la economía, o en beneficio, y que ustedes no se preocupan por los efectos sociales de sus actividades económicas. Y esa crítica resuena alrededor del mundo.

Creo que la opinión es incorrecta y que la globalización, lejos de ser la causa de la pobreza y de otras enfermedades sociales, ofrece la mayor esperanza de superarlas. Pero está en ustedes probar su equivocación, con acciones que se traduzcan en resultados concretos para los pisoteados, los explotados y los excluidos.

No es bastante a decir, aunque sea cierto, que sin negocios los pobres no tendrían ninguna esperanza de escapar su pobreza. Mucha de ellos no tienen también ninguna esperanza con las cosas como están.

Ustedes deben mostrar que la economía, aplicada correctamente, y los beneficios, invertidos sabiamente, pueden traer ventajas sociales que alcancen no solamente a una minoría, sino a la mayoría y, eventualmente, a todos.

Algunos de los líderes de negocios entre ustedes pueden responder que este no es el negocio de los negocios, que en su trabajo deben ocuparse solamente del fondo, y de los intereses de accionistas. Argumentarían que la política social es una cuestión para los gobiernos, y también que corresponde a los gobiernos asegurarse de que más gente goce de las ventajas del capitalismo, creando un clima propicio para los negocios en cada país.

Ciertamente hay mucho que los gobiernos pueden y deben hacer. Me ocuparé de eso en unos momentos. Pero más y más líderes de negocios se están convenciendo de que no tienen que esperar a los gobiernos para hacer lo correcto y, de hecho, aquellos no pueden afrontar los desafíos. En muchos casos, los gobiernos encuentran solamente el valor y los recursos de hacer lo correcto cuando los negocios toman la iniciativa.

Estoy halagado de decir que muchos líderes de negocios han respondido al llamado que por vez primera efectué en Davos hace tres años, cuando propuse un acuerdo global. Ellos han expuesto públicamente los nueve principios que entonces precisé, principios trazados sobre la base de acuerdos internacionales en materia de derechos humanos, estándares de trabajo y medioambientales. Y estamos trabajando, junto con la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, y grupos sin fines de lucro de experiencia relevante, para apoyar a esos líderes de negocios a asegurar que esos nueve principios sean realmente aplicados en su práctica corporativa cotidiana.

Eso es bueno, pero el acuerdo global pide más.

Hay muchas maneras positivas de hacer que los negocios produzcan diferencias en la vidas de los pobres, no con la filantropía, que es también muy importante, sino con

iniciativas que, con el paso del tiempo, ayuden a construir nuevos mercados, así como a mejorar la autoestima de las corporaciones referidas y el respecto de que gozan en la comunidad

Cada vez más, los líderes de negocios reconocen que existen muchos países pequeños y pobres en los que no se invierte suficiente, no porque esos países estén mal gobernados o tengan políticas inamistosas, sino simplemente porque son demasiado pequeños y pobres para ser mercados interesantes o para convertirse en productores importantes, y porque falta la habilidad, infraestructura e instituciones que una economía de mercado exitosa necesita. La desagradable verdad es que los mercados ponen el premio en el éxito, y tienden a castigar a los pobres por el mismo hecho de que son pobres. Abandonados en su pobreza, estos países son muy propensos a caer, o recaer, en conflictos y anarquía, una amenaza a sus vecinos y potencialmente, como los acontecimientos del 11 de septiembre nos recordaron tan brutalmente, una amenaza a la seguridad global. Aún, en conjunto, su gente representa un mercado potencial muy grande y muchas de sus desventajas podrían ser compensadas si los negocios internacionales y los gobiernos donantes adoptaran una estrategia común dirigida a hacerlos más atractivos para la inversión y asegurándose de que ésta los alcance.

A veces las compañías pueden hacer la diferencia mediante inversiones realmente pequeñas. Tomen el caso de los fabricantes de la sal del mundo. Trabajando con las Naciones Unidas, se han cerciorado de que toda la sal manufacturada para la consumo humana contienen yodo.

El resultado es que cada año, protegen a más de 90 millones de niños recién nacidos contra la deficiencia de yodo, y en consecuencia contra una de las principales causas de retraso mental.

Permítanme desafiar a todos ustedes a seguir este ejemplo, y piensen en las maneras en que sus compañías pueden ayudar a movilizar la ciencia y la tecnología globales para abordar las interlocking crisis del hambre, la enfermedad, la degradación ambiental y el conflicto que está deteniendo al mundo en desarrollo.

Por favor, únense a la Iniciativa Global de Salud, que este foro ha estado discutiendo durante los últimos días.

Por favor, trabajen con el nuevo Fondo Global para la Lucha contra el SIDA, la tuberculosis y la malaria, para proporcionar a un bajo costo los productos que los países en vías de desarrollo necesitan para el control de las enfermedades.

Es un hecho impactante de que, de las 1.233 drogas a las que se ha otorgado licencias en el mundo entre 1975 y 1997, sólo 13 eran para enfrentar las enfermedades tropicales, y solamente cuatro fueron desarrolladas comercialmente específicamente desarrolladas para las enfermedades tropicales sufridas por seres humanos. Seguro podemos mejorar en esto, ahora que los gobiernos, trabajando con fundaciones y organizaciones internacionales, están comenzando a ofrecer capitales de inversión para que el sector privado desarrolle medicinas y vacunas para estas enfermedades descuidadas, a condición de que los nuevos compuestos sean llevados a los mercados de los países pobres a un precio tan cercano al de producción como sea posible.

Durante los dos últimos años he visto estos precios diferenciados aplicados a medicinas para tratar la malaria, el VIH, la tuberculosis y la enfermedad del sueño. Ahora, el nuevo fondo debe permitir a muchos más países aprovecharse de ellos.

El trabajo conjunto a favor de la salud no es solo una cuestión de caridad. También tiene sentido económico. Un estudio científico, conducido por Jeffrey Sachs de Harvard, ha probado lo que muchos de nosotros ya sabíamos sobre África. Las inversiones en la

salud de la gente pobre son un trampolín para el desarrollo económico, con un retorno que alcanza a seis veces el valor de la inversión.

Y la mayor parte de lo dicho es aplicable a la educación. En el mundo desarrollado, las compañías dan gran cantidad de dinero a las universidades, no exentas de caridad, pero para mantener el flujo de ingenieros y de científicos expertos que la economía necesita. ¿Por qué no hacer lo mismo en los países en vías de desarrollo donde podrían hacer una diferencia aún mayor?

Una vez que ustedes comiencen a pensar creativamente a lo largo de estas líneas, surgirán en ustedes ideas mucho más rápido que en mí. Tráiganlas por favor al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo o a cualquiera de los varios fondos de la O.N.U, programas y agencias directamente implicadas en sus sectores. Estaremos más que felices de ayudarles a encontrar socios en el mundo en desarrollo.

Iniciativa y comunidad son los dos ingredientes fundamentales del éxito. Los negocios necesitan de gobiernos alumbrados como socios, pero no necesitan esperar pasivamente a que ellos aparezcan. En muchos países, la voz de los líderes de negocios desempeña un papel muy importante en moldear el clima de la opinión en el cual los gobiernos toman sus decisiones. Y los gobiernos tienen de hecho un papel decisivo a jugar, en los meses y los años venideros, en la determinación de si la globalización está realmente hecha para trabajar para los pobres, o si en cambio, incluso cuando acorta las distancias geográficas, ensancha las distancias materiales y psicológica entre el privilegiado y el impotente. Una primera prueba vital tendrá lugar el mes próximo, con la Conferencia Internacional sobre Financiación del Desarrollo, en Monterrey, Méjico.

Creo que esta conferencia nos ofrece la mejor ocasión que hemos tenido en muchos años, de librar los recursos financieros que se necesitan tan desesperadamente para el desarrollo. Creo que resultados tangibles son posibles. Depende esencialmente de los gobiernos del mundo probar que tengo razón y que los escépticos se equivocan. Por un lado, la Conferencia debe consolidar y afilar el consenso existente acerca de las políticas, los mecanismos y los armazones institucionales requeridos, en países en vías de desarrollo, para movilizar recursos domésticos, y atraer los beneficios de la inversión privada internacional. En particular debe haber acuerdo para lograr una convención internacional comprensiva contra la corrupción, previendo, por ejemplo, la repatriación de fondos ilícitos transferidos.

Pero en el mismo tiempo debe haber un verdadero progreso en cuatro cuestiones claves que son de vital importancia para todos los países en vías de desarrollo: comercio, ayuda, deuda, y la actividad de dirección de la economía global. En materia de comercio, un acontecimiento alentador ocurrió en Doha el pasado mes de noviembre, con el acuerdo de abrir una nueva ronda de negociaciones que tratará las preocupaciones de países en vías de desarrollo. Pero hasta ahora, solamente se trata de una promesa. Necesitamos resultados. Los países desarrollados deben negociar de buena fe, detener flooding del mercado mundial con exportaciones subvencionadas de productos agrícolas, en detrimento de los países en vías de desarrollo, y abrir sus propios mercados a los productos intensivos en mano de obra que producen esos países.

Pero incluso cuando se abre una puerta, no se puede atravesarla sin músculos en las piernas. Así, mientras las barreras comerciales son removidas, debemos cerciorarnos de que los países en vías de desarrollo reciban la ayuda que necesitan para desarrollar su infraestructura y capacidades.

Necesitamos por lo menos \$50 mil millones adicionales de ayuda oficial al desarrollo por año si queremos alcanzar las metas de desarrollo del milenio, a las cuales todos los gobiernos del mundo se han comprometido, incluyendo la reducción a la mitad de la pobreza extrema en el mundo para el año 2015. Esto significa duplicar el cuadro actual

de la AOD, lo que puede sonar ambicioso, pero nos dejaría más cerca de alcanzar la meta reconocida del 0,7 por ciento del producto nacional bruto por todos los países donantes. Todavía no veo ninguna buena razón por la que la Conferencia de Monterrey no deba adoptar este suplemento extra de \$50 mil millones como un objetivo inmediato, a corto plazo, a ser alcanzado dentro de los próximos dos o tres años.

Debe también ser la ocasión para que los países acreedores adopten un claro compromiso para implementar la Iniciativa para los Países Pobres Altamente Endeudados de manera completa y puntual, y de hecho para ir más allá de ella de modo que de ahora en más las deudas de esos países sea verdaderamente sostenible. Y también algo debe hacerse para asegurar un más equitativo reparto de los costos de las crisis financieras que involucran a los países de renta media, como en el trágico y reciente caso de la Argentina.

Finalmente, todos estos asuntos no pueden seguir siendo tratados en conlaves privados entre ricos y poderosos. Los países en vías de desarrollo tienen igual interés que cualquier otro en el futuro de la economía mundial. Sus opiniones deben ser consideradas cuando son tomadas decisiones que los afectan. La conferencia de Monterrey debe ser la ocasión para aquellos que actualmente tiene mayor influencia, para mostrar que están tomando el tema seriamente.

Me siento honrado de decir que muchos líderes de negocios están mostrando un gran interés en esta conferencia, y jugando un rol activo en su preparación. Espero que hagan un gran esfuerzo entre hoy y la conferencia por asegurar que sus gobiernos la tomen con igual seriedad. Nadie está mejor posicionado que ellos para refutar los argumentos de proteccionistas y de mezquinos, siendo persuasivos a favor de los mercados genuinamente abiertos y de una ayuda oficial más generosa.

Mis amigos,

pienso que todos tenemos la sensación de haber llegado a una bisagra histórica. Hemos sentido esa sensación con el final de la guerra fría y el comienzo de un nuevo milenio y entonces, el pasado mes de septiembre, nos encontramos entrando en el nuevo milenio a través de una puerta de fuego, lo que ninguno de nosotros hubiera deseado. Las fuerzas de la envidia, de la desesperación y del terror en mundo de hoy son más fuertes que lo que muchos de nosotros hubiéramos pensado. Pero no son invencibles. Contra ellas, debemos traer un mensaje de la solidaridad, de mutuo respeto y, sobre todo, de esperanza.

Los negocios no pueden permitirse ser considerados como un problema. Deben, junto con el gobierno y con el resto de los actores de la sociedad, ser parte de la solución.

Dejemos que este mensaje salga hoy desde esta afectada pero indomable ciudad, y sea escuchado a través del mundo entero.



Muchas gracias.

Traducción: Laura Bono y Javier Surasky